

arrodillarse ante su Virgencita y pedirle el alivio del enfermo. Así pasó por tercera vez las interminables horas de la noche, en que se agravan los sufrimientos de los enfermos y las congojas de los afligidos.

Tantas vigiliias, tantas ansias, tantas fatigas, no fueron estériles. A los ocho días de enfermedad, Paco entró en convalecencia, y, acariciando á Amalia, le dijo:

—Antes te debía la dicha del alma, hoy debo á tus cuidados la salud. ¡Dios te lo pague!

CAPÍTULO VII

«El Independiente»

Don Marcos Sepúlveda y Ayestarán era, aunque persona muy estimable, un monomaniaco muy singular. Su exaltado liberalismo, su intenso amor á la democracia y su fe ciega en el progreso de los pueblos, le habían desequilibrado, secándole un poco el cerebro, y convirtiéndole en un personaje excéntrico y raro, en una especie de loco manso, que si en los prosaicos tiempos que alcanzamos no conseguía más que singularizarse, en otros, más bravos y revueltos, hubiera podido adquirir las proporciones de un héroe.

Era hombre de extensa, aunque poco variada, lectura, pues no le interesaban más que las obras en consonancia con su radicalismo exaltado. Los escritores franceses del siglo pasado, principalmente Montesquieu, Rousseau y Voltaire, echaron los cimientos del edificio de su instruc-

ción, frases bombásticas de Emilio Castelar, paradójales conceptos de Víctor Hugo, vagas especulaciones de Pelletán, floridas sentencias de Lamartine y otros materiales análogos, unidos con la poco coherente argamasa que daba de sí el estéril cacumen de don Marcos, habían dado cima á la poco sólida, aunque churrigueresca fábrica de sus ideas.

Era cleróforo exaltado y enemigo acre de todas las religiones positivas, que en su concepto no eran más que groseros embustes, inventados por los sacerdotes para explotar á las multitudes, manteniéndolas sumergidas en las tinieblas de la ignorancia. La aversión de don Marcos á los sacerdotes sólo podía compararse con la que le inspiraban los reyes, los verdugos de los pueblos, los parásitos coronados de la humanidad, los bebedores de la sangre y zumos de las naciones, como él les decía.

Un rey era para don Marcos el enemigo nato del género humano, y los más crueles atentados, que se han consumado en testas coronadas, no le parecían más que justas, aunque por desgracia, muy raras represalias. Jacobo Clement, Ravailac, asesinando respectivamente á Enrique III y á Enrique IV, no habían hecho, según don Marcos, más que vengar á la humanidad. Este señor, parodiando á los convencionales más rabiosos, hubiera sido capaz de sostener: que asesinar á un rey, no era cometer homicidio, porque los reyes no son hombres, sino devoradores de hombres.

Con parecido criterio juzgaba los sucesos de nuestro país, tanto los pasados como los presentes; la conquista fué un horrendo atentado al derecho natural, una viola-

ción inicua de los derechos imprescriptibles de los pueblos; cuando hablaba del período colonial, nunca dejaba de llamarle la triple centuria de opresión, oscuridad y horror. Los innumerables *pronunciamientos* que, por tantos años, hicieron entre nosotros de la paz un mito y de la ley un juguete, y que perturbaron tanto nuestra normal evolución, eran considerados por don Marcos como las nobles tentativas de un pueblo vejado que reivindicaba sus derechos y abofetea el fiero rostro de sus opresores.

Corrió la juventud de nuestro personaje á través de aquellos años turbulentos, en que triunfó el plan de Ayutla, se proclamó la Constitución, en que la guerra de tres años desplegó sus sangrientos horrores, y, con trágico desenlace, fracasó la infelicísima tentativa del segundo imperio. Durante esos azarosos años nuestro hombre se hartó de lecturas revolucionarias, y apacentó su imaginación, y enardeció su radicalismo, con el relato de los extraordinarios acontecimientos que cerraron en Francia el último siglo.

Era don Marcos un liberal manso, honradote y de buena fe. Lo primero, porque sus ferocidades sí llegaron al dicho ó á lo escrito, nunca al hecho. Por vocación, por temperamento, ó por lo que se quiera, no tomó las armas en defensa de sus opiniones; se conformó con batirse con la pluma, sentando plaza de periodista.

Era honradote y de buena fe, porque no se aprovechó de aquella ganga llamada la nacionalización de los bienes eclesiásticos, no se adjudicó una sola choza ni denunció un palmo de terreno; entró pobre á las

filas liberales, y en ellas permaneció tan pobre como entrara.

Era liberal por gusto, por irresistible é innata propensión, y no por codicia, como lo han sido tantos otros. Y no le costó pocos desabrimientos y amarguras satisfacer esa vocación, que en esta época, sin pasiones ni colorido, no expone á nadie al menor peligro: Santa-Anna lo encarceló una vez, y lo desterró otra, don Félix Zuloaga volvió á encarcelarlo, y el irascible Miramón estuvo á punto de mandarlo fusilar.

Con un amor menos puro á sus ideales don Marcos se hubiera hecho millonario, con más arrojo y valentía habría llegado á ser, cuando menos, general; mas con el temperamento moral, con que á la madre naturaleza plugo dotarle, don Marcos redujose á ser un periodista infatigable, y no pasó en toda su vida de... un pobre hombre.

Tenía verdadera pasión por el periodismo, tanto que de no existir hubiera sido capaz de inventarlo; mas el periodismo que exclusivamente le placía, era el de oposición. Si hubiera llegado á ser Presidente de la República, se habría hecho la oposición á sí mismo. En su sentir todo gobernante era un tirano, todo soldado un instrumento de la tiranía, y todo sacerdote un enemigo de las luces.

También cultivaba la oratoria patriótica: era de ver el regocijo que le causaba ser nombrado orador en alguna festividad cívica, aunque fuera para vociferar en alguno de los municipios más humildes del Distrito; tomaba muy por lo serio su misión, equiparando la tribuna á una

especie de Sinaí, desde el cual iba á fulminar él, nada menos, que el Decálogo de la democracia y de la libertad.

Una vez estuvo á punto de volverse loco de júbilo, porque fué nombrado para pronunciar en esta capital el discurso del 15 de Setiembre. Cómo fustigó el cerebro, cómo exprimió el meollo, cómo apuró el caletre para exornar su patriótica alocución con altísimos conceptos, jamás oídos símiles y selectísimas metáforas; se le había metido entre ceja y ceja aquella valiente frase de Mira-beau, en que decía el gran tribuno que Mario había nacido del puñado de polvo que, al morir, arrojó al cielo el último de los Gracos. Nuestro orador patriótico quiso aplicar á la historia de México aquel tropo magnífico, y tuvo la infelicísima ocurrencia de poner en su discurso este período, tan malo como es bueno el original: «Cuando pesó sobre el seno virginal de nuestra patria la ruda planta del conquistador, lanzó nuestra patria infeliz hondos lamentos, y de aquellos lastimeros ayes nació el alma de nuestros héroes.»

Desde el 54, en que, contando don Marcos escasos veinte años, fundó su primer periódico, había editado siempre alguno de título más ó menos altisonante, y de rojo y subidísimo color. El que dirigía en la época de nuestro relato llamábase *El Independiente*, lo había fundado hacía diez años, durante la presidencia del señor Lerdo, cuya administración combatió con energía, censurando acremente la política de entonces; cuando apareció el plan de Tuxtepec, lo puso sobre los cuernos de la luna, no hartándose de llamarle regenerador.

Todo fué que este plan triunfara, y, fiel don Marcos á

su táctica periodística, le hizo inmediatamente la guerra; todo lo que antes le pareciera excelso, tenía ahora por ínfimo; todo lo que antes no se cansaba de elogiar, no se paba ahora punto de reposo en combatir.

Cuando nuestra narración, siguiendo su accidentado curso, tropieza con *El Independiente*, reconoce en este diario un periódico de oposición, sí, como todos los que don Marcos dirigía; pero no de aquel tono áspero, vehementemente y regañón que usara en más agitados y turbulentos días; sino mesurado y reflexivo ó como, don Marcos decía, su periódico hacía la oposición razonada y juiciosa y no la apasionada y virulenta.

No le costaba poco trabajo al director conservar íntegro el cuerpo de redacción: se sabía que escribir en ese periódico traía la mala suerte, pues si el escritor tenía empleo se exponía á perderlo, y si no lo tenía se exponía á no conseguirlo jamás. No sólo el artículo séptimo de la Constitución, reformado hacía poco, colocaba en cierto modo á la redacción de *El Independiente* en el camino de Belem, haciendo de los salones de aquella otras tantas antecámaras de la cárcel.

Hacía dos meses que *El Independiente* se había quedado sin boletínista, pues el tal se había pasado con armas y bagajes al enemigo, dejándose sobornar por un empleo que le dieron en el ramo de Hacienda; dimitió el cargo que tenía en el periódico y fué sustituido por otra persona, que renunció de miedo á los pocos días, pues fué procesado.

Con todo, á pesar de las dificultades con que luchaba don Marcos para cubrir las vacantes, no cedía á cual-

quiera las plazas de su periódico. Al contrario, era muy exigente; buscaba en los candidatos, primero que nada, firmeza de principios, luego conducta política intachable, luego mucho temple de alma para no temer á la cárcel, ni dejarse seducir por la promesa de un empleo. Mas cuando se encontraba candidato que reuniera, ó á quien atribuyese don Marcos tales preeminencias morales, no sólo lo aceptaba, sino que hubiera sido capaz de rogarle que admitiera la plaza vacante.

Y á la verdad, *El Independiente* era una publicación lucrativa, era de las contadas que se sostienen con suscripciones y no necesitan subvención. Producía lo bastante para asegurar al propietario una renta modesta y á los redactores un sueldo regular y muy seguro.

Don Marcos vivía consagrado por entero á su publicación, la cual era su haber, su caudal, su patrimonio; la quería como quiere el padre á su hijo, como quiere todo hombre la obra de su vida, que le ha costado años de trabajo, días de preocupación, horas de inquietud y no pocos momentos de angustia; pero que también le ha proporcionado goces supremos y frecuentes y vivas satisfacciones. Sin exageración podía decirse que don Marcos vivía en su periódico, por su periódico y para su periódico; era todo para su diario como éste era todo para él, y si le hubieran puesto en la cruel alternativa de sacarle los ojos ó de suprimir *El Independiente*, no nos parece temerario afirmar que hubiera optado por lo primero.

Llevaba, pues, *El Independiente* algunas semanas de estar sin boletínista, el mismo don Marcos había echado sobre sus hombros la tarea de llenar aquella sección del

periódico, lo cual le pesaba, en verdad, pues estaba viejo, se sentía cansado y creía que ajaba su dignidad; pues él cifraba su orgullo en ser el numen de la publicación, en inspirarlo y dirigirlo todo, en someter á su alto criterio é inapelable fallo los escritos de los redactores. Escribía de vez en cuando, pero por gusto y no por obligación; llovíanle solicitudes para la plaza vacante, pero los aspirantes no medían la talla; lo hacían por hambre, escribirían en *El Independiente* mientras no tuvieran otra cosa que hacer, y se largarían con viento fresco no bien consiguieran empleo. No, don Marcos no podía pasar por esto, no consentiría que su periódico fuese asilo de cesantes, ni que las plazas de la publicación se solicitasen por aquello de peor es nada.

Se daba, pues, á todos los diablos, cuando la vocinglera fama llevó á sus oídos el nombre de un joven de quien se contaban prodigios en punto á talento, á instrucción, á estilo y, sobre todo, á independencia de carácter. Ya se sabe cómo son las gentes: así como desfiguran algunos de nuestros actos, deturpándonos injustamente por ellos, suelen, por una especie de extraña compensación, ensalzar otros que en realidad no valen la pena, y glorificarnos por ellos mucho más de lo que merecemos; esto le pasó al joven de quien hablamos y que era nuestro conocido Pacotillas.

Aquella historia de *La Bandera del Progreso*, y la conducta que el muchacho observó cuando colaboró en ese periódico, relatáronse á don Marcos en términos tan encomiásticos para el joven, que el viejo quedó asombrado y poseído de admiración.

Le refirieron que en un banquete, con que la redacción del periódico obsequiaba á un Ministro y á un Gobernador, tuvo aquel joven admirables rasgos de entereza; que, mientras sus compañeros ensalzaban á los próceres, colmándolos de bajas adulaciones y rastreras lisonjas, Pacotillas se había puesto en pie y había protestado contra tanta falsedad; y luego se puso á hacer una censura cruel de los actos del gobierno, renunciando allí mismo su puesto de redactor.

Que su alocución fué tan valiente, tan enérgica, tan elegante, que recordaba los mejores días de la elocuencia mexicana, y traía á la memoria á Altamirano, impugnando la ley de amnistía. Que aquel osado joven pagó caro su arrojo; que el encono de los poderosos le siguió á todas partes y le obstruyó todos los caminos; que le despojaron villanamente del empleo de practicante de hospital, que había ganado por oposición; que intrigaron para que no se le concediera examen; que trataron de expulsarlo de la Escuela de Medicina, para dejarlo sin carrera ni porvenir; que le habían reducido á la mayor miseria, sin consideración á que estaba casado con una joven angelical que compartía con él penas y desgracias.

Que no contentos con tanta avilantez, y queriendo acabar con aquel noble muchacho, ordenaron á un agente de la reservada que lo embriagara y lo matara, si era posible; pero que el joven tuvo la prudencia de no dar motivo para que el polizonte le armara camorra, aceptando, para evitar mayores males, las copas que aquel villano personaje le ofrecía; que irritado éste porque el joven no daba motivo para que se le aprehendiese ó golpease, lo

llevó á un paraje apartado y solitario, abandonándolo allí después de robarle cuanto traía; que por tan inaudito atentado el pobre muchacho se enfermó de gravedad, sufriendo él y su buena esposa los mayores tormentos; todo por la rectitud de carácter, por la firmeza de principios y por la elevación de miras de aquel guapo chico, que si el país estuviera regido como se debe, obtendría los honores del triunfo y sería llamado á desempeñar los puestos más elevados.

— ¡Pero hombre! ¿Qué me cuenta usted?—solía exclamar don Marcos cuando le referían hazañas tales. ¿Es positivo lo que usted me refiere ó me entretiene contándome un cuento? Mire que soy perro viejo, conozco el mundo y tengo muy duro el colmillo.

—Pues le he contado á usted la verdad,—replicaba el interlocutor, ó á lo menos lo que dan por verdad las gentes que tratan á ese joven.

—Es extraordinario,—exclamaba don Marcos, después de unos momentos de reflexión.—Mire usted, eso me reanima y me reconcilia con la generación nueva; yo la tenía por raquítica, por exangüe, por cobarde y sin ánimo, y ya supondrá usted lo que me decorazaría tal opinión. Yo tuve la honra de pertenecer á una generación viril, esforzada, heroica, que ha dado á la patria muchos días de gloria, que ha contribuido tanto á nuestro progreso, que redactó el Código más liberal de la tierra, y, para sostenerlo, regó con su sangre generosa la inmensa extensión de nuestro territorio. Sí, amigo mío, qué hombres aquellos, qué talento, qué saber, qué elocuencia, qué entereza, qué valor; cuando yo veo á la

generación de enanos que nos rodea, suspiro al acordarme de aquellos titanes, y no me conformo con decir: «los dioses se van,» como decían los paganos, cuando se derrumbaba el Olimpo y los oráculos enmudecían; sino que exclamo: «los dioses se fueron.» ¿Quién podrá olvidar á Zarco, á Arriaga, á Ramírez, á Florencio María del Castillo, y á tantos otros, que formaban en el cielo de la libertad y de la patria una constelación espléndida de genios de primera magnitud? ¡Ay! ¿en dónde están ahora? la muerte segó la mayor parte de aquellas cabezas nobles, los que sobreviven están viejos, están abatidos, están olvidados, y repiten con supremo desaliento aquellos sublimes versos de Zenea, el heroico mártir de la libertad de Cuba:

Mis tiempos son los de la antigua Roma,
Y mis hermanos con la Grecia han muerto.

Y lanzaban vivos destellos los ojitos del viejo, y se encendía su tez. Don Marcos parecía rejuvenecer, al recordar los grandes hechos de que fué testigo en su mocedad. Creía estar en el estrecho salón de la Cámara de diputados, en el viejo, en el que nunca fué teatro, en el que ya no existe, en el que fué devorado por las llamas, como si de súbito hubieran hecho explosión las ideas abrasadoras que bulleron allí; creía estar en aquel recinto, durante las agitadas sesiones del Congreso constituyente; le parecía escuchar la sentenciosa, correcta é irónica palabra de Ramírez, la arrebatadora de Zarco, que entusiasmaba á las galerías, proyectaba rayos de luz en las más oscuras cuestiones, y esparcía á los cuatro

vientos las semillas de la gran revolución, que había de ilustrar una década.

Don Marcos, después de guardar silencio un rato, mientras se absorbía en tan augusta contemplación mental, volvió al punto de que partió, diciendo:

—Diga usted si no me ha de entusiasmar, saber que anda por ahí, desconocido de las gentes, un joven que parece un retoño del viejo árbol de nuestras libertades. ¡Ah! sí, con razón me entusiasmo y mis esperanzas renacen, pues veo que, si la estúpida indiferencia de la mayoría deja hollar principios, que tanta sangre costaron, y perecer libertades, á costa de tantos sacrificios conquistadas, existen en la soledad almas nobles y generosas, que aspiran al engrandecimiento de la patria y á la restauración de nuestras progresistas instituciones.

No una, más de diez veces se expresó don Marcos, respecto de aquel joven desconocido, en estos ó parecidos términos. Habló con distintas gentes, y todos convinieron en lo esencial: á saber, que aquel muchacho era muy inteligente, muy instruido, de mucha independencia de carácter, y que, en fin, poseía los requisitos que buscaba don Marcos en los redactores de su periódico.

A fuerza de tanto pensar en el susodicho joven, tal pensamiento grabóse en la cabeza del viejo periodista con la tenacidad de una obsesión. No había amigo ó conocido á quien, después de preguntarle por la salud, por la señora y niños, no le asestara invariablemente esta pregunta:

—Dígame usted, ¿no conoce por casualidad, á un joven llamado Francisco Téllez?

Un día iba don Marcos á Tacubaya, cuando subió al wagón aquel don Gregorio Hernández, que tan dañoso influjo ejerció en Pacotillas. Luego que el cínico personaje conoció á Sepúlveda, vino á sentarse junto á él, y, con aire sarcástico y entonación burlesca, le dijo:

—¿Qué hay, mi liberal fósil? Va usted perdiendo los dientes, pero no las viejas quimeras; vamos, con franqueza, ¿cuándo será usted menos visionario, menos soñador y menos poético?

—Así que usted sea menos prosaico y menos material, —le contestó don Marcos de mal humor, pues le cargaba aquel tipo.

—¡Hombre, qué gracioso! Esa réplica se la ha de haber aprendido usted al Nigromante.

—No se haga usted tanto favor, fuera profanar las palabras de Ramírez aplicarlas á usted, al Nigromante le hubiera bastado con reírse de usted.

—Cepos quedos, —le contestó Hernández riéndose, —si usted quiere encolerizarme pierde el tiempo, soy de buena pasta.

—Bien lo sé, —le contestó don Marcos, —la cólera de usted tiene tan buen sueño, que ni á palos despierta; pero ¡vaya! hablemos de otra cosa, ¿conoce usted por casualidad?... —y encajó su pregunta.

—¡Hombre! cómo no lo he de conocer, muchísimo; lo que me admira es que usted no le conozca, pues parece su hijo, y quién sabe si lo sea, ¡qué diablo! porque usted fué medio calaverón allá en sus mocedades.

—¡Déjese de bromas y al grano!

—¡Pues hombre! he aquí el grano: ese muchacho es

tan Quijote como usted, tan soñador como usted, tan inocente y candoroso como usted; no se le caen de la boca los principios, los ideales, las libertades, y qué sé yo que más estúpidas zarandajas; por supuesto que así le va, muerto de hambre, viviendo en la mayor miseria; ya se ve, con tan elevadas ideas, ¿qué otra cosa ha de cosechar? contempla las estrellas, papa las moscas, y se rompe el hocico en los postes. ¡Qué lindo! ¡ja! ¡ja! ¡ja! vida de ángeles: en cueros, sin casa y sin pan; pero eso sí, muy digno, muy independiente, muy levantado, muy ideal. ¡Vaya! para que se haga usted cargo de lo bruto que es ese chico, y de lo mucho que se parece á usted le voy á contar un episodio. Hará cosa de un mes me fué presentado, y la verdad, me simpatizó; me pareció de talento claro, de grande instrucción, de frase atrevida, fácil, briosa, espontánea, original y llena de colorido; ha sido muy aporreado por la suerte, y está lleno de ese despecho con que la realidad brutal castiga á los soñadores delicados y melindrosos; por todo eso me pareció muy útil para mi periódico.

Le hice proposiciones ventajosísimas, cosa que nunca hago, pues nada, que no aceptó; le argüí, le volví á argüir, le animé, ofreciéndole varias copas, me burlé de sus quimeras, vaya, hasta le conté mi historia, para ver si se animaba; pues no señor, firme como un palo, tieso como un huso, inmóvil é insensible como una roca; que la conciencia por aquí, que la convicción por allá, que el ideal por acullá, que preferiría la miseria honrada á la opulencia vil y otras lindezas parecidas. En fin, póngase usted á discurrir sobre el tema, discurra usted

tres veces mejor de lo que puede, y hable alguna vez con elegancia, y tendrá una idea pálida de lo que ese pedazo de bárbaro discurrió y me dijo á ese propósito. ¡Ah! con que le anda usted buscando, ¿va usted á adoptarlo por hijo? pues, hombre, que lo halle pronto, que se una usted con él con vínculo indisoluble, para que se confirme una vez más lo de Dios los cría y ellos se juntan.

—Déjese usted de bromas, y dígame si es cierto y formal lo que me ha contado.

—¡Vaya un don Marcos éste! No señor, no es verdad, es un cuento con que yo entretengo á los bobos. ¡Vaya, hombre! tranquilícese, es muy cierto, ¿por qué no lo había de ser? ¿es acaso imposible que haya otro más bárbaro que usted?

—¡Ay, don Gregorio! es que en boca de usted, hasta la verdad es sospechosa.

—Saludo á mi ilustre compatriota Alarcón y paso,— dijo Hernández con burlesco énfasis.

—¡Hombre, salude á quien quiera! no fué mi intento plagiar, repetí la frase del gran poeta de Tasco, porque me place su sencillez y su profundidad.

—¡Pica! ¡pica! ¡no se pique, y si se pica, despíquese!

Con tal informe el entusiasmo de don Marcos no tuvo ya límite, aquel joven realizaba su ideal. Poseía una entereza de carácter á toda prueba, amaba ardientemente la idea pura, el principio abstracto, no obraba por móviles bastardos, ni se dejaba subyugar por intereses mezquinos. Aquel joven no difamaba, no injuriaba, respetaba á las

personas y luchaba en nombre de la idea luminosa, de la idea celeste, de la idea eterna; no escribía por hambre, ni por ambición, ni por vanidad, ni por encono, ni por despecho, ni por envidia; sino por expresar convicciones firmes y arraigadas, por propagar doctrinas que se creen útiles á la patria y al género humano.

Tal era, según don Marcos, la misión del escritor, y aquel joven la comprendía así, y así la ponía en práctica. El desconocido adquiría en la mente de don Marcos matices poéticos, iluminado por el amor puro, noble y generoso, que le unía á una compañera casta y buena. Este detalle era, para don Marcos, la prueba decisiva de la entereza y rectitud de Paco. Un hombre, pensaba, puede sin grande esfuerzo, siendo solo, soportar el hambre, la desnudez, la miseria; pero hacer partícipe de tales calamidades á una mujer hermosa, á una mujer adorada que nos ama, cuando, teniendo ciertas condescendencias, fuera tan fácil rodearla de comodidades: eso sí es duro, y viene á ser la piedra de toque de los caracteres bien templados.

Quedó, pues, don Marcos firmemente resuelto á averiguar el domicilio de aquel extraordinario muchacho, y á ir en persona á proponerle el cargo de boletínista de *El Independiente*. No creía rebajarse en nada, aquel fénix de los caracteres era acreedor á toda clase de homenajes, y place á las almas nobles honrar á quien lo merece.